LA ESCUELA POÉTICA SALMANTINA DEL SIGLO XVIII

La llamada segunda escuela de poesía salmantina, constituye, posiblemente, el capítulo más importante de nuestra historia literaria del siglo XVIII. Colectivamente significa un verdadero renacimiento de la poesía española, no sólo estragada, sino desaparecida en los dos primeros tercios de esta centuria. Representa, además, el lazo de unión entre los poetas del Siglo de Oro y los románticos del XIX. La crítica moderna, sin embargo, no ha dilucidado todavía las cuestiones fundamentales que a ella se refieren y ni siquiera la primordial de su existencia como grupo literario. Dejando para otra ocasión el estudio sistematizado de los aspectos estéticos y estilísticos, voy a examinar ahora las cuestiones esenciales que esta escuela salmantina presenta en el terreno histórico-crítico.

La Escuela poética salmantina del siglo XVIII y la Crítica literaria.

La realidad de la escuela salmantina del XVIII como grupo literario, es indudable. Es más, acaso no haya en toda nuestra literatura una promoción formada con tan fuertes estímulos colectivos y rasgos ambientales y de época, como este conjunto de poetas. Y, sin embargo, en nuestros libros de Literatura todo son dudas, oscuridades o errores sobre la debatida, pero evidente existencia de esta

Escuela literaria, que sus mismos componentes y la crítica retrospectiva nos dieron resuelta de antemano, según hemos de ver a continuación. [1]

Quintana, Gallego, Ticknor, Fernández y González y todos los literatos y eruditos de la primera mitad del siglo XIX, algunos de los cuales convivieron y se educaron con los mismos poetas salmanticenses que vamos a estudiar, reconocieron firmemente la existencia de esta Escuela, de la que don Juan Nicasio Gallego llegó a indicar vagamente algunas de sus características más perceptibles. [2]

Fué precisamente el que pasaba por más profundo conocedor de la poesía española del siglo XVIII, don Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, quien suscitó el debate, negando rotundamente la existencia de la escuela salmantina: «Por fortuna de las letras de Salamanca—dice este erudito después de condenar duramente el uso de la palabra escuela—sobresalieron en aquella era brillante, poetas, cuya diversa índole aleja la idea de uniformidad y de senda trillada que despierta la palabra *escuela*. ¿En qué se asemejan el candoroso fray Diego González y el sarcástico Forner, el delicado Meléndez y el epigramático Iglesias?» [3]

[1] La negación, o, por lo menos la duda, sobre la efectividad de «la llamada escuela salmantina», es norma general en los tratados de Literatura española, resultando aún más absurda ésta que aquélla. Entre los que de modo más terminante y menos original han negado la realidad de tal escuela, están el Padre Blanco, que en su *Literatura Española del siglo XVIII*, dice, por ejemplo (t. I, pág. 14): «La llamada escuela salmantina, escuela ideal y quimérica, en la que solamente y por razones de localidad y cronología, se suelen agrupar ingenios de opuesta índole»; y Salcedo, en su *Literatura Española* (t. III, pág. 161): «Hay que dar la razón a los que, como Cueto, niegan la existencia positiva de tal escuela.»

[2] Quintana: *Noticia histórica y literaria de Meléndez* (Bibl. Aut. Esp., t. XIX, pág. 109), y *Sobre la poesía castellana del siglo XVIII* (Bibl. Aut. Esp., t. XIX, página 156.)

Juan Nicasio Gallego: *Examen del juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era* (Bibl. Aut. Esp., t. LXVII, págs. 426 y ss.)

Ticknor: *Historia de la literatura española* (Madrid, 1856, t. IV, págs. 83 y ss.)

Fernández y González: *Historia de la crítica literaria desde Luzán hasta nuestros días* (Madrid, 1867, págs. 49-56.)

[3] *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII* (Biblioteca de Aut. Espa., t. LXI, pág. CVIII.)

El mismo Marqués de Valmar cae en flagrante contradicción al utilizar en numerosos pasajes de su estudio el dictado de *escuela salmantina*. Dice, por ejemplo, en la pág. 188: «El pecado grave de la escuela sevillana, en que no había incurrido la de Salamanca, fué el de ser demasiado escuela, extremando la tendencia imitadora, funesta condición del clasicismo mal entendido.»

Esta incomprensible equivocación y alguna otra de menos importancia dieron motivo a un tal señor Liñán y Eguizábal para dirigir contra el marqués de Valmar uno de sus *Ensayos de crítica*, si bien en tono tan superficial y declamatorio que hace presumir que el autor no trataba más que de molestar al Sr. Cueto, y, seguramente por esto, conociendo su buena amistad con Menéndez y Pelayo, menciona a don Marcelino como uno de los defensores de las escuelas poéticas. Contestó el marqués de Valmar en una carta en la que decía de modo terminante, que en la cuestión de las «academias poéticas Menéndez estaba en perfecto acuerdo con él», afirmación que no podemos admitir ya que el gran crítico se mostró francamente partidario de las escuelas poéticas y, sobre todo, de la salmantina del siglo XVIII, a la que hace concretas referencias en sus obras *Horacio en España* y en la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, en la última de las cuales dedica al tema estas palabras, que son de la mayor oportunidad repetir aquí: «Nosotros no tenemos a las escuelas literarias la antipatía que otros críticos, ni vemos reparo en aceptar el principio fundamental de la clasificación de Arjona... El que no tenga cuenta con las escuelas literarias forzosamente convertirá en un caos la historia de la poesía... Y no se objete que la poesía es libérrima, porque ahí está la historia para enseñarnos que cuanto más nacional y más popular es un género de poesía, tanto y más obedece a un proceso lógico y fatal, tanto más se extiende y perpetúa la reproducción de unos mismos tipos estéticos, tanto más frecuente son los remedos y los plagios, y tanto mayor y más visible la unidad de principios y de sistema.» [4]

[4] P. de Liñán y Eguizábal: *Ensayos de crítica*. Madrid, 1896, págs. 170 y siguientes.

Menéndez Pelayo: *Historia de las ideas estéticas en España* (Edic. Nacional), tomo III, pág. 442, de donde son las palabras trascritas.

En otros lugares de esta obra hace alusiones a la escuela salmantina, así en las págs. 311 y 395, y más incidentalmente en la 402 y 442, del mismo tomo. Claro es que estas brevísimas referencias no justifican los epígrafes de los capítulos I y III, sobre la estética de la escuela salmantina y sobre su carácter y vicisitudes, que el autor olvidó de tratar.

Alude también Menéndez Pelayo a la escuela salmantina en *Horacio en España*, tomo II, págs. 126-146.

Estas palabras del maestro de la crítica española debieron haber bastado para rectificar por ellas solas el equivocado criterio del marqués de Valmar, si a su lectura hubiera acompañado un punto de meditación y de compulsa. No fué así, y hoy en día el tema sigue envuelto en las vacilaciones y errores a los que ya hemos aludido.

Góngora y la decadencia de la poesía española en el siglo XVIII.

La poesía, como todo fenómeno vivo, lucha contra su propia ruina y resiste con la fuerza íntegra que le proporciona su vitalidad a la muerte y desaparición. Los poetas de decadencia suelen percibir cómo en sus manos la materia poética se insensibiliza y se reseca gradualmente y manifiesta una tendencia cada día más acentuada a vulgarizarse y a desaparecer. En esta situación sólo dos caminos se ofrecen a sus posibilidades: renovar esa materia poética o abandonarla a su sino de extinción a través de un proceso de alejandrinismo preciosista y amanerado.

Góngora ofrece en todas sus consecuencias un ejemplo de decadencia renovadora o mejor, de renovación decadente. En un alarde de poesía rompe la tradición española y destruye el enlace de los poetas del Siglo de Oro con los posteriores por medio de su obra genial, que representa el límite, la cima de una evolución poética quintaesenciada. En una época en que comenzaba la curva de declive, él la interrumpe con una ascensión repentina que determinará una caída también repentina, que ha de abrir esa solución de continuidad que aparece entre la poesía del siglo XVII y del XIX, cuyo único punto de enlace son los poetas salmantinos del XVIII. Y no podía ser por menos que la senda gongorina resultara a corto plazo ruinosa y fatal para la poesía española, pues, a pesar de todas sus excelencias, Góngora era en el fondo un poeta de decadencia.

Mas si Góngora es cima y remate de la tradición renacentista española que él ascensionalmente quiebra, lógicamente su influencia no podrá ser sino escasa o nula en el

siglo XVIII. Y, en efecto, no obstante todo lo que equivocadamente se haya afirmado en contra, ¿qué tiene que ver su genial obra, insaciable de perfecciones, con las insulseces y chabacanerías de ese copioso grupo de copleros del siglo XVIII dedicados a cantar quisicosas y fruslerías de la vida familiar y casera, en el que figuran nombres como Montoro, Salazar y Hontiveros, Benegasi, Tafalla y aun los mismos Gerardo Lobo y Torres Villarroel? [5] Faltos de toda emoción personal o estética y aun de la más indispensable capacidad de pensar, entendían la poesía como un don espontáneo de la naturaleza, que consistía en improvisar versos rimados sobre el primer tema que se presentase, conforme a las normas del *Arte poética*, de Juan Díaz de Rengifo, que alcanza en este período enorme popularidad. [6] Benegasi expresaba su odio a todo principio de disciplina artística en la siguiente ramplona estrofa:

No quiero a Nebrija
Ni jamás le quise;
¡De ingenios por arte
Apolo me libre!

Tampoco la influencia de Góngora es mucho mayor sobre una segunda dirección poética que, alternando frecuentemente con la que acabamos de señalar, está representada por las últimas degeneraciones de la manera culterana. Palabras rimbombantes, metáforas descomunales, violentas antítesis e hipérboles monstruosas constituían los

---

[5] Confirma nuestras palabras el que durante todo el siglo XVIII no se volviera a hacer ninguna edición de las obras completas de Góngora.

Contrasta este abandono con la gran difusión de Quevedo, que se reimprime copiosamente. Entre otras ediciones, están la de Amberes, de 1700; la de Barcelona, de 1702; la de Madrid, de 1713; otra de Madrid, de 1720; otra de 1729; otra de 1757; otra de 1772; la de Amberes, de 1788, y la de Madrid, de 1791.

[6] «Otros poetas duermen abrazados con Rengifo», dice Torres Villarroel (*Sueños Morales*. Madrid, 1791, pág. 35); y Forner pone en boca de uno de los autores de aquel tiempo estas palabras: «¿La poesía, acaso, se reduce a otra cosa que a formar décimas, seguidillas, letras, octavas reales y romances de arte mayor y menor? Yo tengo en la uña al Rengifo y sé contar las sílabas y los pies con tanta facilidad como la mismísima monja de Méjico.» (*Exequias de la lengua castellana*, B. A. E., t. LXII, pág. 387.)

adornos de lo que ellos llamaban poesía, y que, en realidad, no era otra cosa que locuacidad necia y disparatada. Usaban estos poetas aquellos versos que Gallardo llama de *empeño*, tales como sonetos retrógrados y con eco, de rima encadenada y esdrújula, acrósticos y pentacrósticos, laberintos y ensaladas..., que contribuían a hacer más extravagante la degeneración poética.

La corrupción literaria alcanzó tal grado de insensatez y de delirio que, como dice el marqués de Valmar, la reforma era, ante todo, una cuestión de sentido común. A hacer recobrar a éste su imperio contribuyen hombres tan beneméritos como Feijoo, Martínez, Sarmiento, el P. Isla, las instituciones literarias fundadas al modo francés, y, sobre todo, Luzán con su *Poélica* y los redactores del *Diario de los Literatos.*

Pero aquellas exageraciones y despropósitos llevaron a la poesía española al extremo contrario, a los versos yertos y fríos de Luzán, y, sobre todo, de sus discípulos Montiano, Nasarre, Nicolás Fernández de Moratín, carentes de emoción y de vida, con resabios de disertación filosófica y de gusto indudablemente francés, que representan la reacción contra lo anterior y la manifestación inmediata a la ya auténtica poesía de la escuela salmantina.

La pluma docta y apasionada de Juan Pablo Forner trazó en sus *Exequias de la lengua castellana* la página más acertada y al mismo tiempo desabrida sobre la poesía española de la mayor parte del siglo XVIII. Leámosla:

«Se ha perdido la amenidad de nuestro lenguaje, se han perdido las frases y modismos poéticos, se han perdido las gracias de nuestra locución jocosa, se han perdido los giros y construcciones vivas y enérgicas, se ha perdido la facilidad de las traslaciones, la armonía, la grandilocuencia, la abundancia, la propiedad; todo se ha perdido en los versos y prosas de la mayor parte de los que hoy escriben. Yo he visto églogas escritas en tono de declamación, he visto poemas didácticos escritos en tono de églogas, he visto comedias que hacen llorar, tragedias que hacen reir, innumerables sonetos compuestos de catorce versos medidos

y nada más, cantos épicos fundados en sueños, odas que hacen tiritar al infeliz que las lee, y todo, todo, no sólo sin alma, pero sin cuerpo castellano, si es lícito explicarme así. Os digo de verdad que, conociendo yo muy bien cuánto se extraviaron del buen gusto muchos poetas de los tiempos de Felipe IV y de Carlos II, prefiero sus sofismas, metáforas insolentes y vuelos inconsiderados a la sequedad helada y semibárbara del mayor número de los que poetizan hoy en España.» [7]

Por un extremo o por otro este desolador erial artístico que se extiende a buena parte del siglo XVIII y que hemos descrito sucintamente, es el punto de partida y el fondo sobre el que se levanta la amable y discreta poesía de la escuela salmantina. Nunca debemos olvidarlo al valorar su mérito y al comprender cómo tenía necesariamente que ser *una labor de grupo*, la que reanudara la tradición poética en tan terrible forma interrumpida en toda la nación.

La tradición humanística y poética de Salamanca.

En el año 1675 Rodrigo Méndez Silva, en su libro de la *Población General de España*, llamaba a Salamanca «mansión de soberanas musas». El elogio, un tanto barroco del cronista, era algo tardío, pero no injusto, pues desde Juan del Encina y Lucas Fernández, a fines del XV hasta casi nuestros días, con Gabriel y Galán y Unamuno, ha existido una tradición poética constante en la ciudad del Tormes. De ella son manifestaciones sobresalientes la primera escuela salmantina con fray Luis de León, y la del XVIII con Meléndez Valdés.

De abolengo claramente universitario ofrece esta poesía características hondas y duraderas: un buen gusto para la elección de modelos, una intensa preocupación por la pureza, dignidad y exactitud del lenguaje, un acertado sentido de la proporción y del equilibrio entre el fondo y la forma, el pensamiento y la sensibilidad, una marcada afición por los temas bucólicos y campestres. Provienen estas cualida-

[7] Biblioteca de Autores Españoles, t. LXIII, pág. 397.

des, principalmente, del íntimo contacto que a través de la Universidad se mantenía con las literaturas griega y latina y con la buena tradición patria, y también de otras circunstancias más vagas e imprecisas, que pudiéramos referir al medio en que nace esta poesía, a determinadas condiciones de ambiente, no sólo espiritual, sino también físico y natural.

En el siglo XVIII la lírica salmantina, arrastrada por la corrupción de la época pierde gran parte de su valor literario y de su personalidad, pero el contrapeso humanístico y universitario no la deja caer en los extremos de chabacanería y de vileza que aparecen tan frecuentemente en otras partes. Incluso a principios del siglo, o sea en el año 1716, nos encontramos con una academia poética que presagia la escuela salmantina de finales que ocupa nuestra atención. Pérez Galiste, el P. Luis Briceño, el P. Miguel de Cepeda, Francisco de Ataide, Diego Guzmán y otros varios, entre los que hay muchos religiosos y universitarios, formaban aquel grupo poético, desconocido hasta ahora, que se adelanta a la serie de reuniones y academias literarias del siglo. [8] Dentro de él no dejamos de encontrar algunas poesías amables y felices que traen a la memoria los versos de Meléndez o Iglesias. Sirva de muestra un romance de Francisco de Ataide, donde se hace una risueña descripción del amanecer, y del que nos limitamos a copiar estos versos:

Para escaparse la noche,
abren las sombras vencidas
balcones de rosicler,
por donde se asoma el día.
Yendo a despertar la rosa
¡qué soñolienta! ¡qué linda!
con esperanzas de nácar
se vuelve a quedar dormida.

No voy a seguir paso a paso la pobre ruta de la poesía salmantina a través de los innumerables certámenes poé-

[8] Manuscrito 3.943 de la Biblioteca Nacional.

ticos, rasgos épicos y poemas más o menos heroicos de la primera mitad del siglo, que consumen la paciencia del lector más benévolo. Pero lo que sí quiero subrayar es que las pocas excepciones apreciables que existen, débense a universitarios en contacto con las humanidades y la buena tradición española. Así sucede con dos sonetos del catedrático de latín Juan González de Dios, en el certamen poético de 1736 con motivo de la inauguración de la Catedral, que contrastan con el petulante y vacuo culteranismo de los demás versos, o con las endechas reales y la égloga de Silvio y Leviano del colegial fray Gaspar Bermejo, publicadas en las *Exequias poéticas en honor de Felipe V* el año 1746, la última de cuyas composiciones es un anuncio de la futura Arcadia salmantina:

Las riberas doradas voy siguiendo
del Tormes cristalino,
por las arenas blandas esparciendo
de mi triste camino
mis quexas lastimeras de una en una
rendido a la impiedad de mi fortuna.

Con alternativas diversas e incluso a veces a trancas y barrancas, el cultivo de las Humanidades seguía adelante en los ámbitos salmantinos durante los primeros años del siglo XVIII. Escritor tan indisciplinado como el salmantino Torres Villarroel, no podía olvidar el severo y eficaz magisterio de don Juan González de Dios en las aulas del Colegio Universitario Trilingüe, en las que cursaban cuatrocientos muchachos según su rotunda afirmación, y, donde después de tres años de estudio, él podía sentirse «medianamente robusto en el conocimiento de la gramática latina». [9]

El *Plan de Estudios de 1771* vino a dar nuevo impulso a estas enseñanzas a través de los tres cursos de latín,

[9] *Vida*, de Torres Villarroel. Edic. *Clásicos Castellanos*, 1912, pág. 45. El informe del maestro teólogo Fr. Manuel Bernardo de Ribera dado en 1756 al Consejo de Castilla en nombre de la Universidad sobre una Academia de Latinidad que se había establecido en Madrid, es otra prueba del aprecio de los estudios clásicos por esta época en los medios salmantinos. Biblioteca de la Universidad de Salamanca, manuscrito 4-6-32.

griego y perfeccionamiento humanístico en la traducción, composición y estilo de ambas lenguas, y esta reforma oficial tuvo espléndida encarnación académica en dos profesores sobresalientes: Fray Bernardo Agustín de Zamora, catedrático de griego desde 1764 a 1784 y autor de una Gramática de este idioma muy celebrada en su tiempo; y el Padre Alba, maestro de Humanidades, también por estos años, profesor docto y amigo amable de sus alumnos, a los que prestaba sus propios libros y para los que era guía de sus lecturas no sólo humanísticas sino también literarias. [10]

A las explicaciones de ambos catedráticos asistió Meléndez por los años de 1772 a 1775, y también Iglesias, Forner, Estala, Sánchez Barbero y seguramente la mayor parte de los autores salmantinos de esta época. [11].

La trascendencia literaria y poética de este renacimiento humanístico nos la confirma testimonio tan valioso como el de Quintana, educado también en Salamanca y discípulo y amigo de Meléndez. En su *Noticia histórica y literaria de Meléndez* (Bibl. de Aut. Esp., t. XIX, página 110), nos dice: «Empezaba ya a formarse aquella escuela de literatura, de filosofía y de buen gusto que desarrugó de pronto el ceño desabrido y gótico de los estudios escolásticos... Señalábase en ella el maestro Zamora, autor de una gramática griega estimada, pero cuyo genio audaz, alma independiente y carácter franco y resuelto, le hacían todavía más estimable que su libro; don Gaspar de Candamo, catedrático de hebreo, el tierno amigo de Meléndez; los dos agustinos Alba y González, aquél apreciado por su grande instrucción, su gusto delicado y su ática urbanidad.»

La afición humanística de los poetas salmantinos la

[10] Véase Gabriel Espino: «Contribución al estudio de la vida y obras del humanista R. P. Mtro. Fr. Bernardo A. de Zamora.» Salamanca, 1921. En la pág. 21 ofrece testimonios de la eficacia de su labor docente, que llegaba hasta el punto de que sus alumnos tradujeran a primera vista y sin diccionario diversos autores griegos.

En una carta de Iglesias a Forner se habla de una *Celestina* prestada a Meléndez por el P. Alba. (Bibl. Aut. Esp., t. LXI, pág. CXVI, nota 2.)

[11] De la asistencia de Meléndez hay pruebas documentales en el Archivo Universitario, así como de la de Sánchez Barbero, registrada en 1776 en el Libro de Matrículas. La de Iglesias, Forner y Estala la afirma Luis Villanueva en una noticia biográfica sobre Forner (B. A. E., t. LXIII, pág. 263.)

vemos reflejarse en detalles tan significativos como su correspondencia, que a veces se vierte en latín, y así lo acreditan cartas cruzadas entre Cadalso, Iglesias y Meléndez, no faltando tampoco algún ejemplo de versos redactados en esta lengua. [12]

Los autores clásicos sirven con frecuencia no sólo de modelos sino incluso de andadores en los primeros pasos poéticos, y un ejemplo lo encontramos en León Arroyal, formado en Salamanca durante los años 1773 a 1777, que poco después de terminada su carrera publica en Madrid su libro *Las Odas*, donde se descubre la imitación constante, y a veces servil, de Anacreonte, Horacio, Catulo y Villegas, autores predilectos de los medios salmanticenses.

En otro autor de educación salmantina, como García de la Huerta se verá, cómo sus mejores composiciones están escritas en sus años mozos, y según avanza el tiempo se convierte en un poeta vulgar. ¿Por qué? Indudablemente por la explicación que nos da Moratín en una pequeña noticia biográfica inédita en el manuscrito 6.131 de la Biblioteca Nacional: por haber olvidado «los excelentes modelos de su juventud».

Pero de todos estos literatos es Meléndez el que alcanza una más completa cultura humanística, llegando en 1781 a convertirse en un profesional de estas materias, al obtener la cátedra salmantina de Humanidades. En sus cartas a Jovellanos por los años de 1776 a 1778 le vemos entregado, por ejemplo, a la interpretación y al estudio fervoroso de Homero, de Anacreonte, de Teócrito, de Horacio y de Epicteto. [13]

Y esta misma base clasicista salmanticense la encon-

[12] Las cartas latinas fueron publicadas por Foulché-Delbosc en la *Revue Hispanique*, 1894, págs. 398 y sigs. Cadalso ensalza en una de ellas el elegante latín de Iglesias de la Casa.

Los versos latinos de Iglesias y Cadalso han sido recogidos en mi trabajo: *Poesías inéditas de Fray Diego González, Cadalso e Iglesias de la Casa.*

[13] Véanse, especialmente, las cartas de 3 y 24 de agosto de 1776, 2 de agosto y 18 de octubre de 1777, 11 de julio y 3 de noviembre de 1778, publicadas por Valmar en el tomo LXIII de la Bibl. Aut. Esp., págs. 73 y sigs.

Para Meléndez, estudiante y profesor salmantino, véase el magnífico estudio de Emilio Alarcos: *Meléndez Valdés en la Universidad de Salamanca.* «Boletín de la Real Academia Española», 1926, págs. 49-76, 144-178 y 364-371.

tramos en los poetas inmediatamente posteriores: en Quintana, Cienfuegos y Nicasio Gallego, discípulos de Meléndez; en José Somoza y también en Francisco Sánchez Barbero, que es acaso el humanista más notable de su siglo, y hasta en el mismo Bartolomé José Gallardo, cuyos biógrafos modernos señalan su formación salmantina como la clave del criterio castizo y acertado con el que siempre intervino en cuestiones literarias.

Así, una vez más en la dorada ciudad del Tormes, la poesía venía a ser la flor y el adorno de la cultura humanística y de la ciencia universitaria. De aquí el carácter esencial y orgánico de esta poesía de la escuela salmantina: su neoclasicismo.

Neoclasicismo de la escuela Salmantina.

El neoclasicismo de Meléndez y sus compañeros no es sólo de ascendencia greco-latina. Al lado y por encima de lo humanístico, el neoclasicismo salmantino es fundamentalmente español. Reanuda de este modo la tradición poética del Siglo de Oro, interrumpida en la forma que hemos dicho por Góngora, y remata el proceso de la poesía renacentista que en su día iniciara Garcilaso, hasta dejarla en los mismos umbrales románticos.

Las numerosas ediciones que demediada la centuria aparecen de los buenos poetas españoles, avivan considerablemente esta afición. En 1765 sale al público la linda edición de Garcilaso hecha por Nicolás de Azara, y en 1768 el antológico *Parnaso español*, de López de Sedano, reimprimiéndose pocos años antes o después de estas fechas, nuestros mejores líricos: Francisco de la Torre, Villegas, fray Luis de León, Ercilla, Suárez de Figueroa, Lope de Vega y otros muchos, a parte de Quevedo, cuya presencia editorial fué constante.

Uno de los poetas que más influyeron en los juveniles vates del Tormes es Villegas. A través de una carta de Cadalso les vemos impacientes en 1773 por gozar de la

reimpresión que de ese autor hizo en 1774 don Vicente de los Ríos.

Influjo aun mayor que el de Villegas es el de fray Luis de León, yunque fundamental de la lírica salmantina. «Nuestro fray Luis», le llama Meléndez en una de sus cartas a Jovellanos, y no deja de recordarle en varios de sus versos, por ejemplo en su oda *Al otoño*, o en esta estrofa de su epístola a Candamo, que trae a la memoria la oda *A la Ascensión*:

¿Huyes, ¡ay! huyes mis amantes brazos,
Dulce Candamo, y entre el indio rudo,
En sus inmensos solitarios bosques,
Corres a hallar la dicha que en el seno,
En el fiel seno de tu tierno amigo
El cielo y la amistad te guardan sólo?

Forner, en sus dos odas *En los días del rey Don Carlos* y *A Damón*, también le imita. Pero sobre todos es fray Diego González su más apasionado imitador. A veces le sigue tan de cerca, que copia no solamente el estilo, el metro y las ideas, sino las mismas frases:

Del canto suspendido
viviera de mis daños olvidado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

Pero por encima de todos los modelos, es seguramente Garcilaso el que deja en los salmantinos una huella más imborrable. No tratan ellos de ocultarlo, sino que, por el contrario, constantemente se están refiriendo a él como dechado de todas las gracias y perfecciones. A Meléndez le llaman con elogio máximo el «nuevo Laso». De Garcilaso copian el tipo de égloga larga, introducen metáforas y comparaciones, imitan su tono y se apropian su léxico e incluso

sus versos. Sirvan de ejemplo los siguientes de la Égloga IV, de Iglesias:

Qué discordia el amor no habrá juntado,
Y qué no temerá el más firme amante?
La cordera paciente y lobo airado,
De hoy más en sí tendrán unión constante,
Y la dulce paloma hará su nido
En el de sierpes de hórrido silbido.

A este respecto que consideramos, son bien claras y significativas aquellas palabras que Forner pone en boca de Villegas en las *Exequias de la lengua castellana*, dirigiéndose a dos poetas de la escuela salmantina, y que tienen mucho de manifiesto literario de grupo: «Juntad vuestras fuerzas y sobreponiéndoos a las bachillerías de la turba con obras y escritos que llamen a sí la atención del público, manifestad prácticamente la diferencia que hay entre los que saben bien el uso de su lengua y los que corrompen este uso. La imitación, o, por mejor decir, el estudio de las obras españolas de los siglos pasados, debe ser vuestro norte para arribar al colmo de esta empresa. Mas no sea servil esta imitación, no sea mecánica y de pura copia. Estudiad las frases de la lengua no las de los autores.» (Bibl. de Autores Esp., tomo LXIII, pág. 394.)

Pero no solamente son estos autores de primera fila los que influyen sobre los poetas salmantinos, sino otros muchos del Siglo de Oro, como Figueroa, Camoens, el Marqués de Esquilache y Valbuena. Este último es imitado claramente no sólo por Iglesias, sino también por Forner, algunas de cuyas octavas de su canto heroico *La Paz*, recuerdan las de *El Bernardo*. Incluso a veces sus conocimientos sobrepasan lo corriente y entran en el campo de la especialidad. Meléndez habla con detalle de obras bastante extraviadas de la curiosidad general como las églogas de Arias Montano, las obras latinas de fray Luis de León y los *Pastores de Henares*, de Bernardo Pérez de Bobadilla; e Iglesias de la Casa intercala en sus poesías religiosas ver-

sos de fray Jerónimo Bermúdez, dramaturgo de segundo orden del siglo XVI, y deja manuscritas entre sus papeles varias traducciones de Horacio, originales de Bartolomé Martínez, Juan de Aguilar y Diego Ponce de León, que fueron equivocadamente atribuídas al ingenio salmantino y de este modo publicadas en la primera edición de sus poesías del año 1793. [14]

Imitación. La imitación clasicista es, por lo tanto, un elemento de primer orden en los poetas salmantinos, que la utilizan en toda la escala de sus posibilidades, desde lo que es mera incitación espiritual y sugerencia lírica que disponen el ánimo poético, hasta el plagio y el calco, pasando y deteniéndose frecuentemente en la copia de temas, metros, ambientes y fórmulas de expresión. No es raro llegar a encontrar en la poesía de los salmantinos, sobre todo en sus borradores, versos y aun estrofas íntegras de Garcilaso, Villegas, fray Luis, Quevedo, La Torre, Valbuena u otros, que en correcciones sucesivas iban modificando y acoplando al tono general de sus composiciones.

Tal procedimiento se descubre claramente en unos borradores autógrafos de Iglesias existentes en la Biblioteca Universitaria de Salamanca, que en mi estudio sobre este poeta doy a conocer, donde hay series enteras de endecasílabos que son como un mosaico formado con pensamientos procedentes de las obras del padre Granada y de las tragedias de fray Jerónimo Bermúdez. De Meléndez también se conservan dos planes en prosa, interpolados de frases francesas, que el poeta hizo previamente antes de componer la elegía a la muerte de su hermano Esteban; y el mismo autor, en una de sus cartas del año 1778, nos descubre el siguiente aparato libresco que proyectaba para ayudarse a componer las *Bodas de Camacho*: «Esta es una obra para en un lugar trabajarla viendo los mismos objetos que se han de describir y releyendo la *Aminta*, el *Pastor*

[14] Las referencias de Meléndez a estas obras se ven en las cartas de mayo de 1777 (publicadas por Serrano y Sanz en la *Revue Hispanique* el año 1897), y en las de 12 de junio de 1778 y 6 de febrero de 1779 (publicadas por Valmar. B. A. E., tomo LXIII, págs. 80 y 84).

Para Iglesias, véase mi estudio biográfico y crítico sobre este autor.

Fido, los *Romances* del príncipe de Esquilache, y algunas de nuestras *Arcadias*, como la de Lope, las dos *Dianas* y los *Pastores de Henares*; de otra manera no saldrá, a mi ver, como debe salir, ni tendrá la sencillez y sabor del campo, que debe tener.» [15]

Como vemos, estos poetas desconfían de su propio numen y necesitan encontrar previamente el reflejo de su sentimiento en las páginas de otros escritores. De este modo su producción artística había de ser en ocasiones premiosa y forzada y sujeta a estímulos de muy diverso orden. Mas ello—téngase bien en cuenta—, hemos de atribuirlo más que a incapacidad de temperamento poético al yermo literario que les precedía, pues como hemos visto en páginas anteriores, no sólo el sentimiento sino hasta la elocución poética se había perdido en la primera mitad del siglo.

Arcaísmo de lenguaje.—La imitación clásica constante y minuciosa permite a los poetas de Salamanca crear el lenguaje poético perdido, que tiene un sello de pureza y corrección tradicional. En él afloran con alguna abundancia arcaísmos y cultismos latinos que, por contraste con la época, dan un cierto empaque estético y una entonación idealizadora a sus versos. Con frecuencia leemos en ellos términos como *fierro*, *mesmo*, *crueza*, *guarir*, *cabe*, *mormullos*, *dea*, *luengos*, *ruga*, *ledo*, *priesa*, *contino*, *vido*, *crego*, *vía*, *halda*, *garzón*, *holgar*, *curar*, *ñudosos*, *ora*, *húmido*, *agora*, *mercadante*, etc. En el mismo plano arcaizante está la licencia poética utilizada por todos ellos de asimilar la -r del infinitivo en final, con la -l del pronombre personal enclítico, en formas como *contenello*, *sabello*, *extrañallo*..., de abolengo tan ilustre y tan dilecto como el de Garcilaso, del que seguramente procede. El empleo del pronombre *lo* en lugar de *le* y la significación transitiva de verbos intransitivos, son otras características suyas. De ellas se daban cuenta sus contemporáneos que las censuraban, llegando a motejarles de *magüeristas*, por el uso que hacían de la conjun-

[15] Los planes de Meléndez para la elegía de su hermano fueron publicados por Serrano y Sanz en la *Revue Hispanique* (1897, pág. 267).

La carta de Meléndez sobre *Las Bodas de Camacho* es la que dirige a Jovellanos el 12 de junio de 1778 (Bibl. Aut. Esp., tomo LXIII, pág. 80).

ción anticuada *maguer*, equivocadamente trascrita como *magüer*. [16]

Son fray Diego González e Iglesias de la Casa los que mantienen en sus obras un criterio más castizo y arcaizante. En cambio, Meléndez no deja de hacer alguna descubierta por los campos del modernismo, que era también recibida acremente por preceptistas de tan estrecho criterio como Hermosilla, que, por ejemplo, reprobaba la bella expresión de «turgentes pomas», porque *turgentes*—dice—«es voz algo quirúrgica».

La Mitología.—Otra nota neoclásica de esta escuela poética es el uso de la Mitología, tema de largas polémicas desde principios del siglo. Feijoo fué uno de los primeros que rechazó, entre otros, el empleo de las ficciones mitológicas, bien por convicción personal o por influjo de algunas doctrinas francesas. Luzán, siempre sumiso al principio de lo verosímil, también condenaba en su Poética el uso de fábulas y alusiones gentílicas como opuestas al cristianismo, colocándose en esta cuestión en el partido opuesto a Boileau, si bien no decididamente. La condenación teórica de este elemento era fácil, pero no así la eliminación práctica y no son raros los casos como el de Leandro Fernández de Moratín que desde el plano crítico reprobaba el uso de la Mitología, pero como poeta acudía a sus ficciones, incluso en circunstancias tan poco convenientes como al recordar la muerte de su padre en una oda anacreóntica. [17]

[16] Hermosilla: *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*. París, 1840.

Juan Nicasio Gallego: *Examen del juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*. Bibl. Aut. Esp., tomo LXVII, pág. 426.

[17] La opinión de Luzán está inserta en la página 28 de su *Poética*, primera edición.

Menéndez y Pelayo, en la *Historia de las ideas estéticas* (tomo III, pág. 430 de la Edic. Nacional), trascribe la defensa de Moratín de lo cristiano contra lo mitológico.

Entre otros escritos sobre el tema están:

J. L. M.: *Discurso contra el uso de la Mitología en las composiciones poéticas. Memorial Literario*, tomo XVI, 1789.

Francisco Manuel de Huerta: *Sobre si la Mythología es parte de la Historia y cómo debe entrar en ella* (Fastos de la Academia de la Historia. Tres primeros años.)

Alberto Lista: *Del uso de las fábulas mitológicas de la poesía actual.*

Forner, en la *Carta del tonto de la duquesa de Alba*, se burla de los que mezclan *dioses gentílicos y cristianos.* (Bibl. Aut. Esp., tomo LXIII, pág. 345.)

Los poetas de la escuela salmantina no sienten ni manifiestan dudas en este punto. Sin la exageración de los poetas sevillanos del XVIII se sirven amplia y despreocupadamente de la Mitología, aunque teniendo buen cuidado de no mezclarla con referencias al Cristianismo, y utilizándola *más que como tema directo* de sus composiciones con un valor retórico y ornamental, en forma de perífrasis alusivas, términos de comparación o simples adornos de calidad erudita y clasicista.

Y de modo aún más fuerte que en lo mitológico se ve el carácter neoclásico de la escuela salmantina en su tendencia al cultivo de la poesía bucólica, en su interpretación de la Naturaleza y en su concepto estético de la poesía. A todo ello tendremos ocasión de aludir en este trabajo.

Límites de esta escuela poética. Lo extranjero y lo romántico.

Es un tópico corriente al hablar de la poesía del siglo XVIII sacar a relucir la influencia francesa como causa de todas las desdichas. Y es lo cierto que tal influencia no existe, sino en los últimos años de esta centuria, a no ser en poetas tan yertos, infecundos y aislados como Luzán, Montiano y Nasarre o en doctrinas filosóficas o estéticas que sólo indirectamente podían actuar. De esta opinión era Quintana y más terminantemente Menéndez Pelayo, que negaba el influjo galo sobre nuestros autores «en poesía lírica, de la cual tenían entonces harto poco que imitar en Francia». [18]

Esto sucede más que en cualquiera otros en los poetas de la escuela salmantina, empapados del espíritu y, sobre todo, de las formas de la poesía tradicional, que se mueven dentro de la línea neoclásica hasta el punto de que es precisamente la influencia extranjera uno de los límites del desarrollo de este grupo.

[18] Quintana: *Sobre la poesía castellana del siglo XVIII.* Bibl. de Autores Esp., tomo XIX, pág. 145.
Menéndez y Pelayo: *Horacio en España*, tomo II, pág. 115.

No he de negar que Meléndez ya conocía en el año 1778 las *Night-Thoughts*, de Young, seguramente a través de la traducción francesa de Le Tourneur de 1770, y que por esa fecha procuró imitarle en algunas poesías, pero él mismo reconoce en carta a Jovellanos su fracaso, indudablemente derivado de su concepto neoclásico por aquellos años. Sus palabras son bastante significativas a este respecto: «Yo quise seguir en algo el vuelo del inimitable Young y aquel aire original inglés; pero esto no es para Batilo por mucho que se esfuerce.» *No era*, podríamos corregir hoy en relación con la fecha de esa carta, año 1778, porque lo cierto es que pasados otros cuantos años de olvido y trasformación, el recuerdo del autor de las *Noches tristes* volverá a aflorar en la pluma de Meléndez. [19]

Thompson, Pope y Milton también son leídos por Meléndez en su época de estudiante, seguramente en francés («porque Meléndez no supo inglés»—dice Tineo—); pero lo mismo estas lecturas que la de Saint-Lambert o la de las pastorales de Gessner, compartidas por fray Diego González, en todo lo que divergiera de la materia y el espíritu neoclásicos, no puede atribuírseles más que una influencia cultural.

Otro de los límites de la escuela salmantina no muy distinto de la influencia extranjera es el romanticismo. Donde éste aparece termina la poesía neoclásica auténticamente salmantina. Y este exclusivismo es exacto aun reconociendo con Paul van Tieghem los elementos prerrománticos que lleva implícitos la poesía pastoril y que a veces afloran claramente en los poetas salmantinos, pero ya sirviendo de frontera.

Que yo sepa, fué también Menéndez Pelayo el primero que habló de Meléndez Valdés como uno de los precursores del romanticismo en España, en una nota marginal de la *Historia de las ideas estéticas*, donde como ejemplo de una

[19] La carta de Meléndez es de 12 de junio de 1778. Bibl. Aut. Españoles, tomo LXIII, pág. 79.

Para la difusión de Young a finales del s. XVIII, véase Allison Peers: *The Influence of Young and Gray in Spain*. The Modern Language Review. October, 1926, págs. 404-418.

verdadera leyenda romántica citaba los romances de *Doña Elvira* o la elegía *La Partida*, como muestra de una poesía no falta de pasión ni de arrebato.

El espiritual Azorín en uno de sus artículos desarrolla por extenso esta misma idea: «¿Cómo al hablar del movimiento romántico en España no se cita a Meléndez Valdés? Todo el romanticismo está ya contenido—impetuoso y ardoroso—en Meléndez Valdés. En Meléndez Valdés encontramos el pronunciado subjetivismo de los románticos: la melancolía, el énfasis solemne, el desequilibrio entre la idea y la forma, el gusto por los espectáculos hórridos y terroríficos, la ternura, el llanto, la desesperación infinita. Y encontramos—detalle significativo—algo que ha de ser recordado siempre que de los románticos se hable, *el rayo de luna*, la evocación constante del astro de la noche.» [20]

Pero el caso es que estos mismos caracteres, aun más intensos, se encuentran a veces en algún otro poeta salmantino, como Iglesias de la Casa. Leamos estas estrofas que entresaco de sus *Idilios*:

Mírote en noche del helado invierno
Rotos tus cuernos, luna amortiguada;
Y entre negros celages ofuscada,
Muestras falto de luz el rostro tierno,
De febo desdeñada.
Tal yo ¡mezquina! entre una niebla oscura
Quedo al desdén que el ánimo me hiela;
Sin luz ni gala mi cariño vuela,
Mísera, sola y pobre de ventura,
Y sin tu centinela.

(Idilio II.)

Del seno oscuro de la tierra helada
Llamarme con terribles voces siento;
Tristes sombras cruzar vi por el viento,
Y que me llaman todas de pasada
Con lamentable acento.

(Idilio VIII.)

[20] La nota sobre el romanticismo de Meléndez se encuentra en Menéndez y Pelayo: *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo III, pág. 396. Azorín: *De Granada a Castelar*. Madrid, 1916, p. 16.

Paso llorando en el silencio mudo
La oscura noche y las calladas horas,
Cuando da en sueños sombras burladoras
El aire negro de color desnudo.

(Idilio XI.)

Mas ¿es esto suficiente para hablar de romanticismo, para atribuir a ejemplos como los anteriores un valor esencial y caracterizador, para creer que la escuela salmantina y ni siquiera Meléndez—cuya vida poética es mucho más larga que la del grupo—inician y se adentran en la nueva senda romántica? Creemos firmemente que no. Lo que si hacen es llegar hasta el mismo romanticismo y tocar sus fronteras que están yuxtapuestas y casi se funden con las de su propio neoclasicismo, aunque los supuestos espirituales y estéticos de uno y otro campo sean intrasferibles y esencialmente diversos. Lo mismo pasa con el concepto y el sentimiento de lo social, que por ser distintos, también ayudarán a delimitar esta escuela clasicista, según más adelante tendremos ocasión de ver.

Poetas que forman la escuela salmantina.

Dos factores esenciales hay que tener presentes para señalar la composición de este grupo: la formación espiritual y artística de sus miembros y la comunidad en sus caracteres poéticos esenciales. Adelantando ahora el resultado de tal esclarecimiento me permito designar a Cadalso como iniciador, a fray Diego González, Iglesias de la Casa y Meléndez Valdés como elementos primordiales de la escuela, y en plano inferior y secundario a Forner y al padre Juan Fernández de Rojas más importantes en la literatura española como prosistas que como poetas.

Si alcanzaran el suficiente relieve literario, a estos nombres podrían añadirse los de fray Andrés del Corral, Arroyal, Carbonell y Caseda, amigos y compañeros de los anteriores, pero poetas de escaso interés por lo que hoy se conoce de sus obras.

Alguna vez han sido incluídos en la escuela salmantina el padre Miguel de Miras y Gaspar Melchor de Jovellanos, pero tales inclusiones que no tienen otro fundamento que el haber mantenido estos escritores relaciones literarias con algunos salmantinos, las creo totalmente equivocadas.

Quintana, Cienfuegos, Nicasio Gallego, Sánchez Barbero y Somoza presentan, en cambio, un problema mucho más difícil de decidir. Todos ellos son, sin duda alguna, poetas de formación salmantina. En sus versos, principalmente en los de juventud, recuerdan formas y tonos característicos de la escuela lírica que estamos estudiando, lo cual se debe a la poderosa influencia que estos poetas, y sobre todo Meléndez, ejercieron en su educación literaria. Pero estudiando el conjunto de sus composiciones hay que excluirlos de la escuela salmantina, aunque de ella desciendan, y representan más bien el puente que une esta agrupación con la poesía nacional del siglo XIX, de la cual son algunos ilustres representantes.

Finalmente, un último y prolongado eco de la lírica salmantina aparece en las curiosas páginas del *Semanario de Salamanca*, publicado en esta ciudad durante los años 1793 a 1799, que concede amplia acogida a toda clase de composiciones poéticas. Predominan las de carácter bucólico y satírico escritas a imitación de Iglesias y de Meléndez Valdés, con los que se llega hasta el plagio. Entre ellas se encuentran, a veces, los primeros frutos de los poetas nombrados últimamente, como Sánchez Barbero y Quintana; más como todas aparecen encubiertas y disfrazadas con seudónimos poéticos tales que *Fileno de Aleyda*, *Deliso*, *Dobraso*, *Felino*, *Guilino* y otros varios, resultan difíciles de identificar.

Primera fase de la escuela salmantina: la Academia cadálsica.

La tradición humanística y poética de Salamanca que hemos estudiado, avivada por la renovación de los estudios clásicos griegos y latinos y el amor a nuestros poetas

del Siglo de Oro, que se extienden en los ámbitos salmantinos hacia 1770, cristalizan en una modalidad poética gracias a la venida de José Cadalso a Salamanca.

El viaje, motivado por obligaciones de su profesión militar, le debió producir hondo disgusto. Cadalso se veía forzado a abandonar la Corte, donde su juventud, su talento y su simpatía le habían abierto, entre sonrisas y amistades, fácil camino a una existencia cultivada, alegre y epicúrea, que la muerte de su amante, la cómica Ibáñez, vino a interrumpir dolorosamente. Concibió la idea de desenterrar durante la noche el cadáver, y este desatinado y romántico propósito, realizado sólo a medias, parece ser la causa de su destierro a Salamanca, donde llega a mediados del año 1771, y, donde apaciguados sus tristes recuerdos, le encontramos poco tiempo después «de buen humor filosófico, bien establecido con sus libros y bastantemente favorecido de estas gentes en Salamanca», según él mismo refiere a su amigo Tomás Iriarte. [21] Sus atrayentes cualidades prontamente prenden la simpatía y admiración de los medios intelectuales salmantinos y los aficionados a la literatura se sienten dichosos con el agradable trato de Cadalso. Pero a los que favorece con su intimidad y con el continuo regalo de su conversación sabia y afectuosa es a dos jóvenes poetas y estudiantes: Iglesias de la Casa y Meléndez Valdés. Sobre todo a este último, a quien, según dice Quintana, le llevó a vivir a su propia casa. Con ellos lee los autores clásicos de nuestro siglo de oro: Garcilaso, fray Luis, Villegas, Argensola, comentando sus cualidades y defectos en gustosas pláticas desarrolladas en paseos por las riberas del Tormes o los bellos pórticos de la plaza salmantina. Al llegar la noche se reúnen los tres poetas en agradable tertulia, que a Cadalso le haría recordar la de la *Fonda de San Sebastián*, y durante un par de horas se dan a conocer los versos propios, que son juzgados con amistoso rigor. De esta convivencia literaria le da cuenta el

[21] La fecha de la venida de Cadalso a Salamanca la señala Cotarelo en su estudio *Iriarte en España*, pág. 100, en la forma que indicamos.

Carta publicada por R. Foulché-Delbosc en *Revue Hispanique*, año 1894, pág. 324, en la que da a Iriarte las noticias trascritas.

ingenio gaditano a su amigo Nicolás Fernández de Moratín en las siguientes palabras: «Los sonetos se leerán en la Academia de Meléndez y su compañero que juntos me hacen tertulia dos horas todas las noches leyendo nuestras obras u las agenas y sujetándose cada uno de los tres a la rigurosa crítica de los otros dos. Dentro de poco tendrá vuesamerced un cuadernillo de poesías de Meléndez. Veo la gran pereza de vuesamerced en no querer copiar sus poesías: haga vuesamerced una cosa buena que es remitirnos por el ordinario un montón de ellas: por acá las veremos despacio, las extractaremos y se le devolverán por conducto seguro. Esto pide la Academia, y con sus voces y veces Dalmiro»; y añade en la postdata: «Item que pregunte vuesamerced a don Vicente de los Ríos a cuantos estamos de la impresión de Villegas.» [22]

Que el compañero de Meléndez *(Batilo)*, a que se hace referencia en esta carta, es Iglesias, llamado poéticamente *Arcadio*, no tiene duda leyendo una sencilla y afectuosa epístola de Cadalso, que juntamente con las cartas aludidas dió a conocer Foulché-Delbosc. A continuación trascribo varios de sus versos, que además de ofrecer sabrosas noticias de las relaciones de estos poetas y de sus preferencias literarias, están impregnados de hondo sabor salmantino.

Epístola a Batilo y Arcadio, sobre el rumor de guerra con Portugal, o de nueva expedición contra Argel.

Dulce Batilo, sentencioso Arcadio,
amigos ambos y consuelos míos
en cuyo pecho hallé dulce consuelo,
cuando salí de la engañosa Corte,
vosotros, cuyos nombres dan delicia,
gozo, dulzura y paz a mi memoria,
¿serán éstos los últimos renglones
que he de escribir, con mano que enlazada,

[22] Cartas de Cadalso publicadas por R. Foulché-Delbosc en *Revue Hispanique*, año 1894, pág. 305. Foulché cree que esta carta debió ser escrita a fines de 1773.

con las vuestras un tiempo fué dichosa
y prenda de un cariño mutuo y firme?
. . . . . .
¿No más pisar entre mis dos amigos
en pláticas gustosas e inocentes,
las orillas que baña el Padre Tormes
y resuenan del eco de sus ninfas,
ni el ámbito magnífico, ostentoso,
de la Plaza Mayor de Salamanca,
con pórticos suntuosos y columnas
y bustos de los héroes de Castilla,
(empleo digno de patriotas manos)?
¿No más pasar la noche oscura y larga
de enero, juntos con preciosos libros
de gustosa moral escrito en verso,
por Mendoza, León, Lope, Argensola?

Esta *Academia cadálsica*—según ellos mismos la llaman—, cuyo núcleo primero y principal estaba constituído por los tres poetas citados, irradia pronto su influjo y su atracción a los ámbitos universitarios, y algunos compañeros de estudios de Iglesias y Meléndez entran a formar parte de ella, si bien más tardía e indirectamente. Nombremos en primer lugar a Juan Pablo Forner, literato y estudiante llegado a Salamanca el año 1770, cuya relación poética con Cadalso la afirma en 1797 su primer biógrafo Joaquín María Sotelo. [23] Ramón Caseda, natural de Pamplona, y León Arroyal, de Gandía, que aparecen matriculados en la Facultad de Leyes a partir de 1772 y 1773 respectivamente, son también figuras del grupo salmantino, si bien de segundo orden y hasta ahora desconocidas; y a ellas hay que añadir el nombre de un tal Carbonell que se encuentra frecuentemente enlazado con el de los literatos salmantinos en su correspondencia. [24] Por último, tenemos que citar a las figuras importantes de los agustinos

[23] *Elogio del señor Don Juan Pablo Forner*, leído en la Real Academia de Derecho el 23 de mayo de 1797. Bibl. de Aut. Esp., tomo LXIII, pág. 274.

[24] Libros de matrícula de la Universidad de Salamanca. Años 1768 a 1777. Archivo Universitario.

fray Diego González y fray Juan Fernández de Rojas, que acuden a las explicaciones universitarias desde el curso de 1768 a 1769, pero que debieron incorporarse al grupo poético muy tardíamente, acaso después de la partida de Cadalso, o cuando más, en los últimos tiempos de su estancia en Salamanca, siendo, por lo tanto, gratuita y además totalmente errónea, la afirmación de los padres Muiños y Hompanera de que fray Diego González fuera el verdadero fundador de la escuela poética salmantina, honor que corresponde, sin duda alguna, a Cadalso. [25]

El influjo de Cadalso y la dulce Poesía salmantina.

Es difícil de imaginar por esta época una figura más a propósito que Cadalso para animar poéticamente los nuevos brotes del suelo espiritual salmantino y modelar el ánimo de sus jóvenes amigos Meléndez Valdés e Iglesias de la Casa. Literato de gusto exquisito, poeta inspirado, conocedor de varias lenguas y culturas extranjeras en cuyos países educó su juventud, amigo y compañero de los escritores de más fama de Madrid, era al mismo tiempo militar valiente y afortunado galán. Y todo ello fundido en el crisol de una simpatía y de una afabilidad cautivadoras. Su acción fué la de la piedra que cae en el lago. Sacudió la

[25] Vierten la equivocada afirmación de que fray Diego González sea el fundador de la escuela poética salmantina el P. Muiños Sáenz en su discurso *Influencia de los Agustinos en la poesía castellana*, y el P. Bonifacio Hompanera en el trabajo *Anacreonte y sus imitadores*, habiendo trascendido esta errónea especie más de la cuenta. En el presente estudio se ve patentemente su falsedad. Para corroborarla, aporto por añadidura los siguientes datos y circunstancias. El testimonio de los mismos poetas salmantinos. Así, dice Meléndez en su primera carta a Jovellanos: «Si las musas salmantinas no tuvieran una justa vergüenza de parecer ante las hispalenses, yo osaría remitir a V. S. alguna composición menos imperfecta que las que producía este desapacible terreno antes de la venida de *Dalmiro* (Cadalso.) (Carta de 30 de marzo de 1776. B. A. E., tomo LXIII, pág. 215.)—Quintana afirma de pasada: «Pero de todos los discípulos de aquella escuela fundada por Cadalso y tan ilustrada por Meléndez...» (Sobre la poesía castellana del siglo XVIII, B. A. E., tomo XIX, pág. 56.)

El carácter erótico y sensual de la poesía bucólica salmantina; el natural apocado e indolente de fray Diego González; la falta de referencias a él en los versos y las cartas de Cadalso, y, en cambio, las alusiones de *Delio* a *Dalmiro* dándole la primacía poética y señalándole como maestro de Meléndez, por ejemplo en su égloga *Llanto de Delio*, así como diversas referencias al tema de otros poetas salmantino, confirma la total equivocación de la atribución indicada.

superficie tersa de dos sensibilidades vírgenes, sustrayéndolas de los viejos y rutinarios temas de la dialéctica escolástica y del prosaísmo o engongorizado retoricismo poético. Junto al ideal exangüe y seco, resquebrajado por todas partes en ásperas aristas de la vida española del último tercio del siglo XVIII, Cadalso les presentaba el mórbido y jugoso epicureísmo de la cultura francesa y el vago y romántico despertar sajón, pero no en actitud rebelde o revolucionaria, sino con anhelo ecléctico y patriótico de fundirlos con la vieja y buena tradición española del Siglo de Oro. «Mi gusto, mi afición a los buenos libros, mi talento político, mi tal cual literatura, todo es suyo. Él me cogió en el segundo año de mis estudios, me abrió los ojos, me enseñó, me inspiró este noble entusiasmo de la amistad y lo bueno, me formó el juicio... Sin él, yo no sería hoy nada»: así habla Meléndez de Cadalso en 1782; e iguales acentos de gratitud y de sumisión se perciben a través de los versos pastoriles de Iglesias de la Casa, por ejemplo, en los de su égloga VII, donde recuerda las enseñanzas de *Dalmiro*, al que proclama «el mejor de nuestros mayorales.» [26]

De Cadalso procede, en efecto, el nacimiento de un criterio consciente y personal entre sus jóvenes amigos de Salamanca, la ampliación de su cultura, la consideración y el entusiasmo por la Filosofía, que, por ejemplo, llevará en 1787 a Meléndez a defender ardorosamente en claustro pleno la creación de un Colegio filosófico para la Universidad de Salamanca, retando a sus adversarios a pública disputa sobre ello y respaldando el resultado de la misma con cincuenta doblones de su peculio, o a su compañero Forner a emitir con claro y penetrante juicio su informe como fiscal del Supremo Consejo de Castilla en estas luchas entre los retrógados y los innovadores. [27] ¿Hacía acaso

[26] La carta referida de Meléndez es de 16 de marzo de 1782 y va dirigida al P. Mena (Bibl. Aut. Esp., tomo LXI, pág. CVI, nota 2). En otros varios lugares se manifiesta en los mismos términos de agradecimiento y cariño hacia Cadalso. Así en su Oda primera a Jovino, y en la carta con que se la acompañaba de fecha 30 de marzo de 1775 (publicadas ambas en la pág. 215 del tomo LXIII, de la B. A. E.).

[27] Para la disputa y reto de Meléndez: Libros de claustro de la Universidad de 1787 a 1789.

Iglesias otra cosa, que repetir una y cien veces en sus letrillas las burlas y censuras que a su amigo y maestro Cadalso le merecían las ridículas contiendas escolásticas?

Sabios de escuelas
Que en vuestras aulas
Entráis más anchos
Que diez tinajas.
¿Qué hacéis pujando
Cuestiones vanas,
Más gritos dando
Que remo en playa?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.

(Letrilla II.)

Pues quien lo dude lea estas palabras de la primera carta de Cadalso a Tomás Iriarte desde Salamanca, en la que se burla de «la doctísima Universidad, donde no se enseña matemática, física, anatomía, historia natural, derecho de gentes, lenguas orientales, ni otras frioleras semejantes, pero produce gentes que con voz campanuda pondrán sus setenta y siete mil setecientos setenta y siete silogismos en baralipton, frisesomerum u sapesmo, sobre como hablan los ángeles en su tertulia, sobre si los cielos son de metal de campanas, o líquido como el vino más ligero, y otras cosas de semejante entidad que Vmd. y yo nunca sabremos, aprenderemos, ni estudiaremos.» [28]

Pero la influencia fundamental de Cadalso sobre los jóvenes salmantinos está, como vamos a ver, en el campo de las bellas letras.

El informe de Forner fué publicado en la *Revista Contemporánea Salmantina*, 1864-1865, y más tarde reproducido por Vidal y Díaz en su *Memoria histórica de la Universidad de Salamanca*, 1869.

[28] Carta publicada por Foulché-Delbosc en la *Revue Hispanique*, el año 1894, pág. 324.

Dice Cadalso en otra carta (la cuarta) de las publicadas por Cotarelo en *La España Moderna* (1895, págs. 60-96), refiriéndose a Meléndez: «Y aun tengo más concepto de él que de muchos padres graves catedráticos, jubilados, presentados, definidores...»

En medio de la vida tranquila y plácida de Salamanca, Cadalso se dedica con entusiasmo a la poesía, y en el año 1773 publica, bajo el seudónimo de *D. José Vázquez*, un montón de composiciones, tituladas *Ocios de mi juventud* La mayor parte de ellas debieron nacer en tierra salmantina, pues en la poesía introductoria él nos asegura terminantemente que jamás compuso versos hasta el día en que tuvo la desgracia de perder a su amada. Pues bien, en estas rimas se encuentra ya todo lo que ha de ser la poesía salmantina durante esta época. El autor canta con agradable y armonioso acento los blandos temas de la lírica erótico-bucólica e inicia la musa burlona de epigramas y letrillas. Los modelos fundamentales de la poesía salmantina, o sea Garcilaso y fray Luis de León, ya están bien de manifiesto en este libro inaugural, que dentro de ese neoclasicismo tradicional de fondo y de forma que hemos considerado, va a dar a la poesía salmantina una concepción y un sentido hasta cierto punto europeos y modernos, que provienen no de lo literario, sino de lo ideológico.

Cadalso no era filósofo, pero sí hombre de cultura filosófica adquirida en sus estadas y viajes por Francia y por Italia, donde a la sazón estaban muy en boga las doctrinas sensualistas de Du Bos, Gravina y Muratori, extremadas por Condillac y Platner, y también por Inglaterra, donde Hutcheson y Shaftesbury las habían difundido. Según ellas, la producción artística y el juicio que de la misma formamos, dependen principalmente del sentimiento, siendo la poesía esencialmente un arte que deleita. Esta idea por sí sola, simple y llanamente expuesta, como lo haría Cadalso en sus conversaciones, bastaba para imprimir un giro nuevo a la poesía salmantina, conforme a una estética hedonista que tenía sus polos positivo y negativo en el placer y el dolor y dentro de la cual la inteligencia no actúa sino en la fase previa de ayudar a formar el criterio instrumental que llamaban buen gusto. No hacían falta ulteriores desarrollos científicos y filosóficos. Pero la comprobación de que los poetas salmantinos los buscaron y de que fué Cadalso quien les inició e inculcó estos principios, la tenemos

al sorprender a Meléndez, poco después de su partida, entregado a la lectura de Du Bos, Condillac, Locke, Batteux, a los que tributa rendidos elogios. [29]

El triunfo de este nuevo concepto poético es tan rápido que casi repentinamente vemos el cambio en un autor como Meléndez, que durante su estancia de estudiante en Madrid «hacía romances imitando a Gerardo Lobo», según afirma Quintana, y, que llegado a Salamanca, se asimila con extraordinaria rapidez y perfecta naturalidad el nuevo estilo. [30] Y es que en el fondo nunca se sintió éste como extraño, pues coincidía y se amalgamaba con una serie de circunstancias propias, tales como la imitación de los poetas clásicos amorosos y bucólicos, la afición al género pastoril eminentemente subjetivo y sensual, la juventud de los poetas salmantinos, su misma falta de genio y poderosa inspiración. Todo contribuía a dar al neoclasicismo poético salmantino esa nota moderna de voluptuosidad, que, como dirán los hermanos Goncourt, es el acorde tonal del siglo XVIII. Lejos, pues, de Cadalso y de sus discípulos el intento de ensalzar héroes que no son más que tiranos, guerras que sólo significan muerte y desolación. Tampoco ha de cantar su musa asuntos religiosos, didácticos o filosóficos. Los versos que de ella brotarán,

Todos de risa son, gustos y amores.

Y este manifiesto estampado por Cadalso el año 1773 en la primera de sus composiciones, que tiende a hacer de la Poesía, tanto por sus asuntos como por la manera de tratarlos, un arte eminentemente deleitable, una distracción cuyo placer consiste en sentir ocupado el espíritu sin esfuerzo y sin cansancio, se manifiesta teórica y prácticamente en todos los literatos de la escuela salmantina, desde

[29] Cartas de Meléndez a Jovellanos de 24 de agosto de 1776; 16 de enero de 1778, 6 de febrero de 1779, 16 de julio de 1780. (Bibl. Aut. Esp., tomo LXIII, págs. 73 y sigs., para las tres primeras; y Serrano Sanz, *Revue Hispanique*, pág. 309, para la última.)

[30] Quintana: *Noticia histórica y literaria de Meléndez.* Bibl. Aut. Españoles, tomo XIX, pág. 109.

el tierno Batilo, que mil veces y en mil formas se declara «blando cisne de Baco y de Cupido», y se opone suave, pero consistentemente, al criterio pedagógico y moralista de Jovellanos, hasta el áspero Forner, para quien

La sacra poesía
Hija es del dulce, del suave encanto
Que próvida estampó naturaleza
En la varia hermosura de los seres.

(Mi venida a Aranjuez.)

La libre imitación de la Naturaleza que el autor anima, embellece y trasforma a su gusto (a su *buen gusto*, diríamos mejor), es el anhelo de los poetas salmantinos que buscan siempre el producir una sensación dulce y grata al realizarlo. «En mis poesías agradables he procurado imitar a la naturaleza y hermosearla, siguiendo las huellas de la docta antigüedad», dice Meléndez en la *Advertencia* que va al frente de la edición de sus *Poesías*. Y Sánchez Barbero, considerado por alguien como preceptista de esta escuela poética, dice en su *Poética* (Madrid, 1847, pág. 160): «Siendo el fin de la poesía agradar... Si tú, oh poeta inflamado de fuego divino, deseas pintar una tarde apacible, un bosque... cantar tus placeres y loar la hermosura que es sola las delicias de tu vida, desdeña el lenguaje vulgar; que todo se anime con tu fuego, que todo se embellezca entre tus manos.» Y estas palabras, que no son más que un eco de las de Luzán en el capítulo XIV de su *Poética*, y que, a su vez, se derivan de los filósofos extranjeros ya citados, son el fiel reflejo del espíritu de la época.

En lo que difieren totalmente los salmantinos de Luzán es en lo que hace referencia a la invención, ya que tanto él como Capmany recomendaban los asuntos *nuevos*, *grandes*, *maravillosos* y *extraordinarios*, que también eran muy del agrado de Jovellanos, en tanto que los poetas salmantinos prefirieron siempre los temas sencillos, los cuadros pastoriles profanos y amorosos, la descripción de la naturaleza, no de modo amplio y grandioso, sino hecha a base de por-

menores y pequeños detalles artificiosamente combinados, graciosos y lindos en su mayoría, pero que también producen a veces una sensación de poético empalago. Son bajorelieves que agradan contemplados uno a uno, pero que en la serie uniforme del friso nos parecen monótonos y sin resalte, porque las imágenes que los forman no han sido engendradas por una idea o por un sentimiento inspirador fuertemente sentidos. Frente al consejo de Luzán, que aconsejaba la manera de describir que Castelvetro llamó *universalizada*, Meléndez y sus camaradas eligieron la que le era opuesta, es decir, la *particularizada*.

Después de lo que hemos venido diciendo acaso no resulte difícil el comprender y admitir, que acaso la nota más íntima, más personal e interesante de estos poetas, dentro de su neoclasicismo, radique en la delicia y dulzura de su componer, en la delicadeza y encanto de su escoger y adornar al crear la obra literaria, sentidos y apreciados por ellos mucho más que por nosotros. Hay en esta voluptuosidad poética un brote subjetivo, único en todo el siglo XVIII, que no llega al sentimiento y menos a la emoción, pero que da, hasta cierto punto, autenticidad, categoría y posición a esta poesía dentro de la Literatura española, y la libra de ser un mero e inerte movimiento neoclásico.

No he de terminar esta referencia a Cadalso sin decir que entre sus versos y los de sus discípulos y amigos hay una enorme relación y parecido, hasta el punto de que abundan las repeticiones, las resonancias y los reflejos, todo lo cual pone bien de manifiesto la colaboración y comunidad que existe en la obra de todos ellos. Esto se da principalmente entre Cadalso y Meléndez y más aún entre Cadalso e Iglesias de la Casa.

Segunda fase de la escuela salmantina: el Parnaso salmantino.

En 1774 Cadalso se ve obligado a abandonar Salamanca. Los vaivenes propios de su oficio de soldado le trajeron a

esta ciudad el año 1771 y le obligan a dejarla tres años más tarde, pero durante su ausencia sigue en contacto epistolar con sus jóvenes amigos y ya en 16 de septiembre de 1774 les escribe desde Talavera la Real, la que debe de ser su primera carta, interesante así para fijar la fecha aproximada de su partida. [31]

Los poetas salmantinos continúan sus reuniones literarias, y lo único que cambia es el lugar donde se celebran y la persona que las preside, o, mejor dicho, que las anima. En una celda del convento de San Agustín, bajo la amable dirección de fray Diego González, es donde se congregan ahora, a partir sobre todo del mes de junio de 1775 en que éste fué elegido prior.

El carácter bondadoso de fray Diego, su cordialidad, su modestia, su finura espiritual, le hacían el más indicado para sustituir a Cadalso en su primogenitura de años y de bondad. La amistad que sostuvo con Meléndez es buena prueba de ello. De complexión débil y enfermiza, Batilo constituye para él motivo constante de preocupaciones y de inquietudes. Con un tono casi paternal habla fray Diego de Meléndez en su correspondencia con Jovellanos. Le cuenta los paseos que da con Batilo por las orillas del Tormes para que éste goce del campo, la prohibición severa que le ha hecho de dedicarse a un intenso trabajo intelectual, las amonestaciones que le dirige con motivo de los excesos del Carnaval. [32]

A estas muestras de afecto corresponde Batilo expresando su admiración y su aprecio por el humilde fray Diego. Dice en cierta ocasión a Jovellanos, hablando de un sermón que había pronunciado el fraile agustino: «Este hombre es divino, yo nada he oído tan excelente. Él es para todo, y su entendimiento una mina escondida capaz de producir las mayores y más abundantes riquezas»; y en

---

[31] Publicada por Emilio Cotarelo en la *España Moderna*. (Año 1895, enero págs. 60-96), bajo el título *Cartas inéditas de Cadalso*.

[32] El marqués de Valmar extracta esta correspondencia de fray Diego a Jovellanos en su *Bosquejo de la poesía en el siglo XVIII*, págs. CXXXV y CXXXVI (Bibl. Aut. Esp., tomo LXI).

otra carta: «Yo no me harto de amarlo cada vez más, ni creo que pueda darse genio más digno de ser amado.» [33]

El trato literario y amistoso sigue uniendo a este grupo de poetas salmantinos, pero con muy distinta simpatía y fuerza. Así fray Diego González habla en sus cartas y en sus versos del padre Fernández de Rojas y, sobre todo,, de Meléndez, con un acento de admiración y de cariño que no aparece ni remotamente en las referencias a Forner y, sobre todo, a Iglesias de la Casa, al que considera como el menos dotado de todos los poetas principales de la escuela salmantina. [34]

En realidad, su núcleo principal en esta segunda fase de desarrollo, está constituído por fray Diego González, Meléndez y el padre Fernández de Rojas, cuya abundante producción poética en el género erótico-bucólico está en su mayoría aún sin publicar. [35] En cambio, Iglesias de la Casa y Forner, sin romper en forma alguna la unidad espiritual y afectiva del grupo, por diversas circunstancias internas y externas se mantienen en ciertas temporadas algo desligados de él, poetizan más por su cuenta, quedan fuera del trato epistolar y de la tutela directa de Jovellanos y compensan este relativo apartamiento con una intensificación de sus recíprocos lazos de amistad.

En cuanto a Meléndez, es curioso observar cómo su blanda sensibilidad, que se manifiesta espontáneamente en su cordialidad para Cadalso y fray Diego González y se extravasa en un sentimentalismo gárrulo, adulador y afectado en su correspondencia con Jovellanos, choca ásperamente con el brío y la reciedumbre de carácter de su compañero Forner. En una carta dice fray Diego a Jovellanos: «A Batilo no le congenian las producciones de Aminta (Forner); parécenle duras y desabridas a su dulce ánimo.»

[33] Bibl. Aut. Esp., tomo LXIII, págs. 85 y 77.

[34] En la carta de 10 de febrero de 1778, dice fray Diego a Jovellanos, hablando de un poema de Iglesias: «Si tiene la fortuna de que no escriban los *Batilos* (Meléndez), *Dalmiros* (Cadalso), *Amintas* (Forner) y otros que le exceden en talento, tal vez llevará el premio.» (Bibl. Aut. Esp., tomo LXI, pág. CXIX.

[35] Véase el manuscrito del Convento de Agustinos de Valladolid, *Poesías del mtro. Fernández de Rojas*, algunas publicadas por el P. Muiños en la *Revista Agustiniana*.

Y en otra ocasión insiste sobre el motivo de esta antipatía: «Batilo es más severo con ellas; pero lo atribuyo a la genial oposición que tiene al autor.» Mas por encima de esta antipatía, que lógicamente sería recíproca, la solidaridad esencial la vemos bien manifiesta, cuando al ser atacada la égloga de Batilo, premiada por la Real Academia, Forner sale en su defensa con el *Cotejo de las dos églogas.* [36]

Sin la intimidad ni los excesos sentimentales que Meléndez manifiesta para fray Diego y Jovellanos, *Batilo* e Iglesias de la Casa fueron dos buenos amigos y seguramente los primeros en el orden cronológico, ya que su inicial examen universitario de Latinidad lo realizaron casi al mismo tiempo. Así lo acreditan, entre otras muchas pruebas, aquella carta de Meléndez escrita en el mes de enero de 1778, en la que, envueltas en firmes y laudatorias frases, y después de haberlas retocado por su propia mano, enviaba a Jovellanos unas elegías de Iglesias, a quien llama «amigo y compañero en la carrera poética». [37]

Por el mes de noviembre de 1775 fray Diego González describía a un amigo de Sevilla la situación de conjunto de este grupo poético en la siguiente forma: «Este *Parnaso salmantino* se compone de cinco poetas, que se tratan con familiaridad y mutuamente se estiman. Los tres, *Liseno, Delio* y *Andronio*, son de casa... Los otros dos poetas son jóvenes seglares, profesores de jurisprudencia, en que van haciendo singulares progresos.» [38]

Fácilmente se identifican los dos primeros seudónimos, que corresponden a los agustinos fray Juan Fernández de Rojas y fray Diego González, y tampoco resulta muy difí-

---

[36] La blandura de carácter de Meléndez y su adulación para Jovellanos se ve bien clara en la correspondencia de Batilo, publicada por el marqués de Valmar en el tomo LXIII de la Biblioteca de Autores Españoles (págs. 73 y siguientes), y por Serrano y Sanz en la *Revue Hispanique*, 1897 (págs. 303 y siguientes).

Las cartas de fray Diego sobre la antipatía Meléndez-Forner fueron dadas a conocer por Valmar en el tomo LXI de dicha Biblioteca (pág. CXLVI).

Forner: Cotejo de las dos églogas que ha premiado la Academia de la Lengua. Manuscrito 9.583 de la Biblioteca Nacional, tomo II, págs. 25-103.

[37] Bibl. de Aut. Esp., tomo LXIII, pág. 78.

[38] Publica extractada esta carta el marqués de Valmar en la Bibl. de Autores Esp., tomo LXI, pág. CVIII, nota 1.

cil aclarar el de *Andronio* (enigmático para el marqués de Valmar), que corresponde al salmantino fray Andrés del Corral, también religioso del convento de San Agustín, y estudiante de Teología por esta época en la Universidad de Salamanca. [39]

Más dudosa se nos presenta la alusión a los poetas seglares. Uno de ellos es indiscutiblemente Meléndez, pero en cuanto al otro no me atrevo a afirmar nada en absoluto. Valmar supone que se refiere a Forner, pero éste parece que estuvo ausente de Salamanca durante los años 1775 y 1776. [40] Arroyal o quizá Caseda podría ser, en este caso, el otro de los dos poetas estudiantes de Jurisprudencia, tan enigmáticamente citados.

En cuanto a Iglesias de la Casa, estudiante de Teología, por estos meses de fines de 1775 y principios de 1776, estaba no sólo apartado del grupo sino de toda actividad poética, pendiente de una grave enfermedad que puso en peligro su vida. De sus relaciones con el núcleo principal de los poetas salmantinos no volvemos a tener noticias hasta fines de 1777 o principios de 1778, que es cuando Meléndez envía a Jovellanos las elegías ya referidas. haciendo por carta la presentación de Iglesias, presentación que repite fray Diego González en el mes siguiente de febrero de 1778 al dar cuenta al político asturiano—y con juicio no muy laudatorio por cierto para el autor—, del envío al certamen de la Academia Española de un poema hecho por Iglesias sobre las *Naves de Cortés destruídas*. En esta carta de fray Diego, a la que ya también hemos aludido al hablar de las relaciones del agustino con Iglesias, se contiene otro dato significativo de la comunidad literaria salmantina, el de haber desistido Meléndez de enviar otra obra a la com-

[39] Aparece su nombre como estudiante de Teología en los cursos de 1772 a 1774. Libro de matrícula de la Universidad de Salamanca de los años 1768 a 1777.

[40] Las varias cartas que durante estos años 1775 y 1776 Iglesias le dirige a Toledo prueban esta ausencia de Salamanca, que confirman los libros de matrícula en los que he encontrado el nombre de Forner en junio de 1773 aprobando Filosofía Moral, pero no lo he vuelto a hallar hasta el curso de 1776-1777 en el que aparece como estudiante en Cánones.

petición, por lo que concluye fray Diego «que de Salamanca no irá más poema que el suyo».

Iglesias de la Casa manifiesta claramente su filiación salmantina en una de las primeras octavas de esta obra al hacer el elogio de los que eran sus compañeros de versos, además del de Moratín, que él debía de conocer por mediación de Cadalso, y que, claro es, no pertenece a la escuela salmantina.

¿Tú, por dicha, a Dalmiro *no escuchaste*
En dulce lira el lamentar sonoro?
¿Al trágico Flumisbo *no admiraste*
Alzar el canto en el coturno de oro?
¿Tú, con el nuevo Laso *no cantaste,*
Con Delio, Aminta *y con* Liseno *a un coro?* [41]

La Arcadia salmantina

Por estos años de 1775 a 1780 los literatos de Salamanca se dedican con entusiasmo a escribir composiciones eróticas y bucólicas. La flauta pastoril que tomara por vez primera en sus manos el simpático Cadalso, la hacen sonar de uno y mil modos los poetas de las riberas del Tormes. Amorosas letrillas y graciosas anacreónticas, odas tiernas y églogas rústicas y candorosas son los motivos de inspiración de estos vates. Hasta el irónico y festivo Iglesias envía a Forner por el mes de abril de 1776 un montón de églogas, letrillas y anacreónticas; y Meléndez, en una carta escrita tres meses más tarde, declara, radiante, a Jovellanos, que la materia de sus versos «toda es de amor». [42]

La tradición bucólica y campestre de Salamanca a la

---

[41] Estos versos sueltos están tomados del *Bosquejo* en el que Valmar estudia la poesía del XVIII, pues el poema, que, según este erudito, se encontraba en la Academia Española, ha desaparecido (B. A. E., tomo LXI, pág. CXIX). Los nombres poéticos de la estrofa corresponden, respectivamente, a Cadalso, Nicolás F. de Moratín, Meléndez, fray Diego González, Forner y el P. Fernández Rojas.

[42] La carta de Iglesias en la que alude a su poético envío, la extracta Valmar en la Bibl. Aut. Esp., tomo LXI, pág. CXV; y la de Meléndez aparece en la página 73 del tomo LXIII de la misma colección.

que hemos venido haciendo tantas referencias a lo largo de este estudio, prolifera inagotablemente en multitud de versos pastoriles, de los cuales muchos todavía están por conocer. Pero este bucolismo desbordado del último tercio del siglo XVIII, no es como el de Garcilaso o de fray Luis, retiro de soledad y de pasión donde más honda y definitivamente suenan en el alma los momentos infinitos, sino delicioso campo de ensueños juveniles intrascendentes que llenan de dulce y voluptuoso placer los ánimos. Con harta ingenuidad Sánchez Barbero, señalaba no muchos años más tarde los atractivos burgueses de esta poesía: «El objeto de la égloga es el reposo pacífico de la vida campestre, exenta de ambición; es la abundancia y la alegría; la tranquilidad y el ocio; la franqueza y la libertad, la primavera y los valles, las contiendas poéticas, los amores sosegados y los placeres inocentes; es, en suma, la pintura de la edad de oro, descargada de lo maravilloso; o el cuadro seductor de las escenas de la naturaleza... ¿Se quiere saber cuál es buena égloga? Aquella que haga decir al ciudadano: ¡qué deliciosa es la vida de los campos comparada con la nuestra! ¡Cuán cortas las necesidades de sus habitantes! ¡Qué moderadas sus pasiones! ¡Con qué poco se contentan! ¡Qué felices viven! ¡Quién fuera pastor!» [43]

El magisterio incomprensivo de Jovellanos.

Sobre esta plácida y sonrosada Arcadia salmantina, donde bullen gozosamente pastores y zagalas entre amores y entre fiestas, viene a proyectarse la grave, autoritaria e incomprensiva influencia de Jovellanos, que estando de oidor en Sevilla conoce a los poetas salmantinos a través del padre Miguel de Miras. Así cuenta Fernández de Navarrete el origen de estas relaciones: «Hablando un día este religioso con don Gaspar, le dijo, no sin alguna presunción: «Yo tengo un fraile allá en Castilla que deja chiquitos a todos los poe-

[43] Sánchez Barbero: *Principios de Retórica y Poética*, capítulo V.

tas de nuestro tiempo.» ... Jovellanos, manifestando incredulidad, le pidió muestra de sus versos, y el padre Miras escribió a fray Diego González rogándole que enviase algunos, los cuales sorprendieron agradablemente a Jovellanos... Deseó, pues, Jovellanos entrar en correspondencia con el excelente poeta, y así lo hizo. El padre González, cuyo nombre poético era *Delio*, le contestó que no era él solo quien cultivaba las Musas en Salamanca, y le envió copia de los ensayos poéticos de Meléndez y del padre Juan Fernández de Rojas.» [44]

Meléndez se apresura a entablar una abundante correspondencia con Jovellanos, cuya primera carta escribe en el mes de marzo de 1776, rindiendo en ella tributo a la labor poética de Cadalso en Salamanca, elogiando un idilio de don Gaspar y dedicándole una oda altisonante y de escaso mérito. [45]

Estos coloquios de amistad y de literatura así iniciados, pronto tomaron un acento de autoritaria protección por parte de *Jovino* o Jovellanos, y de sumisión y respeto por parte de fray Diego González y Meléndez. El autor del Informe sobre la Ley Agraria les envía ya en el mismo año 1776 una larga epístola en verso donde censura su inclinación a cantar asuntos amorosos:

Ay Batilo! ay Liseno! ay caro Delio
ay! ay! que os han las magas salmantinas
con sus gorjinerías adormido!
Ay que os han infundido el dulce sueño
de amor, que tarde o nunca se sacude.

Y después de hacer una descripción un tanto extravagante y ridícula encaminada a convencerles de su yerro, termina aconsejando a fray Diego que dedique su numen a cantar asuntos de «la moral filosofía»; a Batilo que arroje a un lado el caramillo pastoril y ensalce los hechos gloriosos de nuestra historia, «el sangriento furor de Marte»; y, por último, al padre Fernández de Rojas que encamine

[44] Bibl. de Aut. Esp., tomo LXI, pág. CLXXXV, nota 1.
[45] Bibl. de Aut. Esp., tomo LXIII, pág. 215.

su actividad poética a la restauración del teatro español. [46]

Cualquiera que sea de vista medianamente perspicaz comprenderá fácilmente que las recomendaciones de Jovellanos constituían un grave desacierto, que para nada tenían en cuenta el origen, el carácter ni las condiciones de los poetas de esta Escuela. Ni el epicureísmo fácil y elegante de fray Diego era el adecuado para la poesía filosófica, ni la sensibilidad exquisita de Meléndez para escribir sobre temas guerreros, de los que había abominado cien veces en sus graciosas letrillas, ni el ingenio y la agudeza del padre Rojas para vestir «el coturno trágico» y restaurar de este modo la escena española. El patriotismo de Jovellanos aunado a su espíritu didáctico y a su insensibilidad poética, le impulsaban a esos campos como los más idóneos para levantar el espíritu público y contribuir al progreso de la nación. Tan especial manera de apreciar la poesía se ve confirmada en una de sus cartas en la que se alegra del restablecimiento de Meléndez, no sólo como un buen amigo, sino también como un buen patriota que ha sufrido el temor de que se malograra una futura gloria nacional: «Gracias a Dios—dice al padre Miras—, el mal no es tanto como temíamos, y con algún cuidado podrá repararse la quebrantada salud de un joven en cuya conservación *también se interesa la causa pública.*» [47] Mas nada de esto nos puede extrañar, en una época en que se creía honradamente que el luminoso poema sobre Ilios era una especie de tratado político y de estrategia para reyes y príncipes.

Jovellanos, no contento con señalar el rumbo que había de seguir la poesía salmantina, envía a fray Diego González el plan del poema didáctico *Las Edades*, que éste se decide a escribir después de muchas dudas, vacilaciones y

---

[46] En la carta de Meléndez a Jovellanos, fechada el 3 de agosto de 1776 (B. A. E., tomo LXIII, pág. 73), le dice: «Esperando de correo en correo la *Didáctica...*» Esta *Didáctica* es la referida *Epístola a sus amigos de Salamanca*, que debió ser escrita por esta fecha. Hermosilla se equivoca al afirmar que Jovellanos la compuso a los 26 años (nació en 1744). *Juicio crítico*, tomo II, página 89, nota.

[47] Bibl. de Aut. Esp., tomo LXI, pág. CXXXVI.

resistencias, y que, a pesar del empeño de su mentor, de los consejos eruditos de Meléndez, que le propone como guías nada menos que las obras de Séneca, Teofrasto, Labruyère, Pascal, Malebranche, Locke y Young, y de su buena voluntad, abandona al concluir la primera parte. [48]

Meléndez pagó este pecado de complicidad involuntaria contra la musa fina y amorosa de fray Diego, escribiendo, también a instancias de Jovellanos, *Las Bodas de Camacho*, drama que, según manifestaciones de Hermosilla, «tirios y troyanos han convenido en calificar de perverso».

Mas, a parte de estas concesiones obligadas, los poetas de la ciudad del Tormes siguieron dedicándose predominantemente al cultivo de composiciones amorosas, en las que obtienen sus mayores triunfos. Meléndez se disculpaba arteramente ante el grave magistrado diciendo que «los poemas épicos, filosóficos o morales piden mucha edad, más estudio y muchísimo genio, y que él nada tenía de esto, ni podría tenerlo jamás», y le confesaba que «la filosofía no se aviene bien con los versos que dictaron las Gracias a Anacreonte, ni el giro que yo tomé—dice refiriéndose a unas endechas filosóficas—con el de mi corazón». [49]

El triunfo que en 1780 obtiene con su égloga *Batilo* viene a darle la razón, y el premio de la Academia Española debió satisfacer plenamente a Meléndez y a los poetas salmantinos, ya que fué obtenido en competencia de escritor de la fama de Tomás Iriarte, que, molestado con el fallo, desahogó su disconformidad en las páginas del folleto titulado *Reflexiones sobre la égloga Batilo*, al que contestó cumplidamente el literato de la escuela salmantina Juan Pablo Forner en su *Cotejo de las dos églogas que ha premiado la Real Academia Española.*

---

[48] «Nuestro Delio leyó con gusto el plan *de la primera edad*; y aunque al principio se me resistió alguna cosa, casi acabé de persuadirle a que emprendiese esta obra, digna, por cierto, de su estado, su profesión, sus años, su literatura y delicadísimo gusto.» Carta de Meléndez de noviembre de 1776 (B. A. E., pág. CXI del tomo LXI).

[49] Cartas de Meléndez de 3 de agosto de 1776 y 12 de junio de 1778. (Biblioteca de Aut. Esp., tomo LXIII, págs. 73 y 79.

Tercera y última fase de la escuela salmantina: Meléndez Valdés.

Como hemos visto, la poesía del grupo salmantino sigue el rumbo erótico y bucólico que Cadalso la señalara y en el que fundamentalmente se centra todo su desarrollo. Pero por los años de 1778 a 1780 comienza a notarse una honda evolución. No se debía realmente a las amonestaciones de Jovellanos, sino más bien a la fuerza de los tiempos con los que los salmantinos comenzaban a ponerse en contacto, y, sobre todo, a que estos poetas, a fuerza de repetir los mismos temas artificiosos e intrascendentes, comenzaban a vulgarizarse. Meléndez, en una de sus epístolas, dice: «Mi musa ha desmayado... yo voy perdiendo el gusto y las musas me van dejando.» Y aunque lo achaca a sus estudios de Derecho, lo cierto es que empezaban a notarse en él los primeros síntomas de agotamiento.

Los poetas salmantinos sienten la necesidad de renovarse, y estos anhelos se reflejan en sus composiciones. Siguen cantando a la naturaleza, pero con tono bien distinto. Sus poéticos pastores y zagales se convierten en hombres de carne y hueso, que viven en un ambiente grosero y rudo y sufren y mueren en la tierra que ellos hacen fecunda para manos extrañas. Las risueñas descripciones campestres de otro tiempo se ven ensombrecidas por abundantes reflexiones filosóficas y morales, que proceden ora de la fuente tradicional y clásica de Horacio y de fray Luis, ora de las ideas filantrópicas y altisonantes de filósofos y enciclopedistas modernos. Pero esta evolución hacia lo filosófico, lo moral y lo social está cabalmente marcando el límite y la terminación de la poesía de la escuela salmantina, como sucedía con lo romántico y lo extranjero. En las composiciones de Forner y de Iglesias de la Casa puede percibirse el cambio, pero donde plasma más vigorosamente es en la poesía de Meléndez.

Por otra parte, el grupo salmantino pierde rápidamente importancia a causa de la disgregación de sus poetas. Fray Andrés del Corral se trasladó definitivamente al colegio de

Valladolid en 1777; y a juzgar por la correspondencia de fray Diego González, ya no debía estar por este año el padre Juan Fernández de Rojas en Salamanca. El mismo fray Diego González es nombrado secretario de la provincia agustiniana por el mes de abril de 1779 y no tarda en trasplantarse a Madrid. [50] Arroyal, Caseda, Carbonell y otros estudiantes que alternaban los versos con sus enseñanzas universitarias, una vez concluídas éstas, regresan a sus patrias. Iglesias de la Casa también se aleja de su natal Salamanca en 1782 para ejercer su misión sacerdotal en los pueblos del campo salamanquino, y algunos años antes había marchado a Madrid su amigo Forner, que pasado bastante tiempo decía:

La cítara descuelgo, que ya un día,
Festiva, al manso Tormes suspendía
La amorosa corriente ¡ay! y olvidada
Pende muda, indicando la tristeza
de su angustiado dueño.

(Carta familiar a Lelio.)

Y estas palabras eran una verdad para todos: al abandonar las riberas del poético Tormes, abandonaban también la poesía, su poesía al menos.

Por los años de 1782 y 1783 queda en Salamanca Meléndez como único representante de la primitiva escuela poética. En su cátedra de Humanidades y en sus conversaciones particulares y amistosas continúa laborando literariamente con el mismo fervor que lo hicieran Cadalso y fray Diego González. Quintana y Juan Nicasio Gallego le reconocen como maestro y animador de ese segundo movimiento poético salmantino que se desarrolla durante la época que ellos estudiaron; y el mismo Meléndez se enorgullece con justicia en la Advertencia que pone al frente de

[50] Para algunos datos de estos poetas agustinos, véase el *Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín*, del P. Gregorio de Santiago Vela.

la edición de sus poesías, de la honda huella que él ha impreso en todos los poetas españoles, sobre todo en los jóvenes. Pero ya cuando esto sucedía la escuela poética salmantina había terminado, y los supuestos espirituales y literarios del medio ambiente eran muy distintos. En relación con ellos, Meléndez y sus discípulos iban a cumplir la más alta misión que del grupo poético que hemos estudiado podía derivarse: la de no dejar infecunda y aislada la restauración poética llevada a cabo por la escuela salmantina del siglo XVIII, sino de enlazarla y trasfundirla en los desarrollos posteriores de la lírica española.

CÉSAR REAL.